

— Por lo menos, sírvase V. S. Ilma. derogar las censuras canónicas contra los adjudicatarios.

— *Non possumus.*

— Siquiera las que ha fulminado contra los eclesiásticos denunciadores de fincas.

— *Non possumus.*

Con mi papel al frente y mi pluma en la mano, me sentía espantado en presencia de esta singular escena. El *non possumus* del Arzobispo había acabado por aterrorizarme, como si no fuera él quien lo pronunciara, sino una boca tremenda y enorme, la boca de diez y nueve siglos de tradición, de invariabilidad, de constancia en el creer y en el obrar.

— Pero fíjese V. S. Ilma. en la revolución que sobrevendrá. Las familias, sin regla segura, irán hacia la duda; los ciudadanos, privados de los sacramentos, no los buscarán y acabarán en el escepticismo; quizá se atente contra la Iglesia, quizá se le arrebatase lo que ahora nadie le quita, quizá sufra en sus mismos fundamentos, y todo por culpa de V. S. Ilma.

— Señor General, la Iglesia no reposa en fundamentos humanos ni tiene que contemporizar con nadie por el temor de que le arrebaten lo suyo. No sería la revolución que aquí se desencadenara la más terrible de las que la Iglesia ha soportado y vencido; pero, aunque lo fuera, escrito está que ni las puertas del infierno prevalecerán contra ella.

En ese instante penetró uno de los ayudantes y entregó una tarjeta al Presidente.

— Que espere un momento; pasará en seguida.

Al mismo tiempo me hizo una seña don Ignacio y salí de la estancia.

La persona que esperaba en el cuarto de los ayudantes,



era una señora de buen talle, al parecer joven y hermosa, que se me figuró hacía un movimiento de sorpresa al mirarme á través del velo negro que la cubría.

Pasado un rato muy corto salió el Arzobispo y penetró la tapada, que andaba con porte y decoro de princesa.

Una sospecha me empezó á llenar la mente: si sería...; pero no, ¡qué locura! todo menos pensar en verla allí y á esa hora.



Mis compañeros Hernández y Rosas dormitaban en un canapé inmediato, con muestras de tremenda fatiga.

— ¡Amigos, les dije; si desean descansar, retírense! al fin me basto yo para el corto rato que el General ha de durar aquí. Si llama á cualquiera de ustedes, me comprometo á hablarle.

— ¿De veras, Peritos? preguntó Rosas; pues crea que por mi parte estamos á la recíproca.

Y se retiraron casi dormidos, los pobres muchachos, á tenderse en los catres de campaña que había en la pieza inmediata, mientras llegaba la fatiga del día siguiente.

Ya solo, pensé entrar de repente fingiendo un negocio; pero la puerta estaba asegurada por el interior y no era posible pasar sin que la desconocida se cubriera nuevamente.

Pensé escuchar por las rendijas; pero, además de que me parecía acción baja y fea, temí que se abriera la puerta de repente, dejándome ver en aquella posición humillante.

Entrar por la recámara del General, que se comunicaba con el despacho; fingir una alarma de incendio; suponer un recado urgente de Baz; hablar de un pronunciamiento repentino ó de cualquier campanada así, no habría dado resultado.

Sólo se oían á través de las maderas de la puerta una voz pastosa y grave, la del General; otra femenina que





Por fin salió la incógnita acompañada hasta la puerta de la calle...

no se percibía claramente, y risas discretas y ahogadas.

Por fin salió la incógnita, acompañada hasta la puerta de la calle por el jefe. A poco volvió éste y me dijo:

— ¿Tiene mucho sueño, Pérez?

— No, mi General.

— Pues vamos á echarle una saludada á mi madre, que vive aquí cerca.

Y don Ignacio, envuelto en su pañosa y yo en mi capote de reglamento, salimos á la calle. Acababa de llover; la luna brillaba en todo su esplendor, cabrilleando en el agua de los charcos de la calle, prendiendo notas juveniles en los árboles de la avenida y haciendo brillar la funda de mi espada.

El General tocó en una casa cercana, nos abrieron y me senté aguardando en un canapé de la sala, codeándome con un Santo niño de bulto que era un primor, y frente á frente de un *Señor de la caña*, que con la mano en la mejilla miraba todo lo que acontecía, con la impavidez con que la nación mexicana miraba los horrores que venían ó podían venir.

Se oyó una vocecilla cascada, que decía desde dentro:

— ¿Eres tú, Nacho? Allá voy.

— No se levante, madrecita; yo voy allá.

Y se oyeron chasquido de besos, risas afectuosas, voces mezcladas, de las cuales una como que pedía protección y otra como que aconsejaba.



Cuando salimos de la casa y entramos nuevamente á la del Arzobispado, sonaba el alba en las iglesias. Un viente-cillo sutil nos hizo cubrirnos con nuestros abrigos y apresurar el paso.

— Ahora vamos á cenar, que creo nos lo hemos ganado, dijo jovialmente el jefe.

Y sacando de un armario vasos, botellas, servilletas y provisiones de boca, hizo dos platos, me pasó el mío y devoré mi ración.

— Retírese, me dispuso, y diga á Pedro, mi ordenanza, que duerma en la otra pieza, que si algo se ofrece, me llame. Aquí voy á descabezar un sueño en este sofá.

Y fuí á acostarme para soñar con arzobispos, tapadas, bienes eclesiásticos, revoluciones, privilegios, fueres y jamón en dulce.



## CAPÍTULO VII

### Un diez y seis de Septiembre. Los frailes conspiradores

**Q**UE venga cualquier boquirrubio y me diga con su osadía y su falta de pudor acostumbrados, que tienen estos tiempos algo del colorido y la gracia de los en que me tocó la suerte de brillar, y le diré cuatro frescas al tal boquirrubio.

Si pudiéramos ahora que se sirviera un toro completo, asado al pastor, en una mesa puesta en la Alameda, para que todos los ciudadanos tuvieran derecho de tomar su tajada, y que enseguida fraternizaran el zapatero, el pintor de ollita y el hojalatero, con el Presidente de la República, dándole las manos llenas de nobilísimos callos y de pringue de la res, se reirían de nosotros las gentes y nos querrían mandar al manicomio.

Pues eso y nada menos que eso pasó el diez y seis de